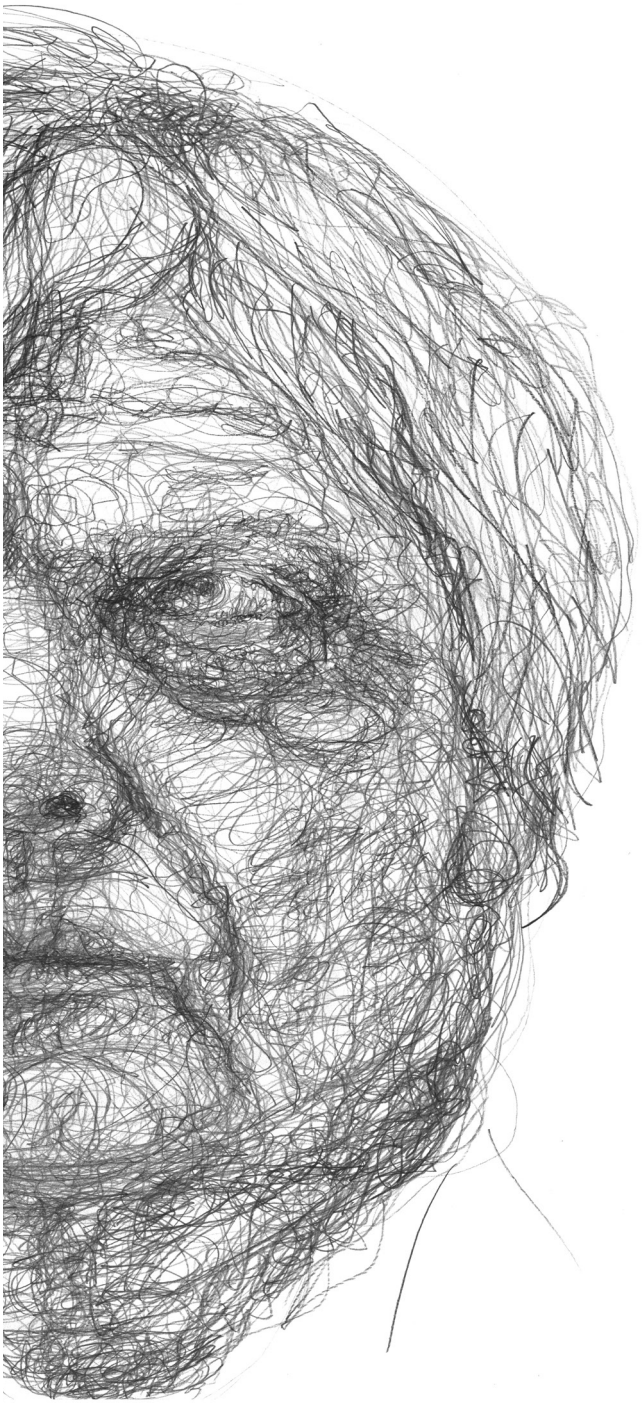
EN EL CORAZÓN DEL CORAZÓN DEL PAÍS

WILLIAM H. GASS

Traducción de Rebeca García Nieto

LA NAVAJA

EN EL CORAZÓN DEL CORAZÓN DEL PAÍS



WILLIAM H. GASS

EN EL CORAZÓN DEL CORAZÓN DEL PAÍS

Traducción de
Rebeca García Nieto

Título original: *In the heart of the heart of the country*
Primera edición: diciembre, 2016

© de los textos: William H. Gass, 1958, 1961, 1962, 1967, 1968
© de la traducción: Rebeca García Nieto, 2016
© del epílogo: Rebeca García Nieto, 2016
© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert S.L., 2016

Diseño de cubierta e ilustración: Laura Moreno

Publicado por La Navaja Suiza Editores
Editorial Humbert Humbert S.L.
Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 – MADRID
http://www.**lanavajasuizaeditores**.com

Impresión: Villena Artes Gráficas
Impreso en España – Printed in Spain
ISBN: 978-84-946515-0-2
Depósito legal: M-42982-2016
IBIC: FA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http: //www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

ÍNDICE

LA PRESENTE EDICIÓN 9

EN EL CORAZÓN
DEL CORAZÓN DEL PAÍS 11

El chico de Pedersen 15
La señora Ruin 109
Carámbanos 157
El orden de los insectos 209
En el corazón del corazón del país 221

EPÍLOGO de Rebeca García Nieto 265

LA PRESENTE EDICIÓN

El lector encontrará en el texto usos no ajustados a la norma de las mayúsculas. Asimismo advertirá rasgos tipográficos (empleo de rayas, puntuación, cursivas y sangrías) poco habituales. Hemos considerado que estas características «heterodoxas» del texto son indispensables para tener un contacto más fiel con el estilo del autor y lograr una mejor comprensión de la obra, de ahí que hayamos decidido mantenerlas en la medida de lo posible.

EN EL CORAZÓN
DEL CORAZÓN DEL PAÍS

Para Joanne, Oliver y Allan

EL CHICO DE PEDERSEN

PARTE PRIMERA

1

Big Hans chilló, así que salí. El pesebre estaba oscuro, pero el sol resplandecía sobre la nieve. Hans cargaba con algo que había cogido del pesebre. Grité, pero Big Hans no me oyó. Entró en la casa con lo que llevaba antes de que yo alcanzara las escaleras.

Era el chico de Pedersen. Hans lo había colocado sobre la mesa de la cocina como si fuera un jamón y había puesto agua a calentar en una tetera. No decía nada. Supongo que pensó que el grito que había pegado desde la cuadra era suficiente. Ma estaba hurgando en las ropas del chico, tiesas por el hielo. Cada vez que tomaba aire para respirar hacía un ruido que sonaba como ¡uf! El agua empezó a hervir y Hans dijo,

Trae un poco de nieve y llama a tu pa.

¿Por qué?

Trae un poco de nieve.

Cogí el balde de debajo del fregadero y la pala que estaba junto a los fogones. Intenté no apresurarme y nadie

dijo nada. Había un montón de nieve sobre el borde del porche, así que cogí algunas paladas. Cuando entré con el balde, Hans dijo,

Tiene ascuas. Trae más.

Un poco de carbón no hará daño.

Trae más.

El carbón está caliente.

No lo suficiente. Cierra la boca y trae a tu pa.

Ma había extendido una masa sobre la mesa donde Hans había colocado al chico de Pedersen como si fuera un relleno. La mayor parte de las ropas del chico estaban en el suelo, formando un charco. Hans comenzó a frotar nieve en el rostro del chico. Ma dejó de intentar quitarle la ropa y se limitó a quedarse de pie junto a la mesa, con las manos alejadas de sí misma, como si estuvieran mojadas, mirando primero a Big Hans y luego al chico.

Tráelo.

¿Por qué?

Ya te lo he dicho.

A Pa quiero decir–

Ya sé lo que quieres decir. Tráelo.

Encontré una caja de cartón de leche condensada que estaba vacía y la llené de nieve. Era demasiado pequeña, tal y como había imaginado. Encontré otra con trapos y una esponja vieja que tiré. Una lata de sopa Campbell.

También la llené con lo que sobraba del montón. La nieve se derretiría y mojaría el fondo de las cajas pero me daba igual. A estas alturas el chico estaba desnudo. Me alegré de tenerla más grande.

Parece un cochinillo enfermo.

Cállate y trae a tu pa.

Está dormido.

Sí.

No le gusta que lo despierten.

Ya lo sé. ¿Crees que no lo sé tan bien como tú? Tráelo.

¿De qué va a servir?

Vamos a necesitar su whisky.

Puede servir para eso, sin duda. Irá bien para el corte de su cara. Si es que aún queda algo.

La tetera empezó a silbar.

¿Qué vamos a hacer con todo esto?, dijo ma.

Espera, Hed. Quiero que lo traigas ahora. Estoy cansado de hablar. Tráelo, ¿me oyes?

¿Qué vamos a hacer con esto? Está todo mojado, dijo ella.

Fui a despertar al viejo. No le gustaba que lo despertaran. Estaría tan lejos y tan profundo, que le sería muy difícil volver del sueño. El chico de Pedersen le importaría un carajo, lo mismo que a mí. El chico de Pedersen era solo un niño. No servía para nada. No como yo. Y el viejo se pondría furioso, ciego de ira, al regresar del lugar desde donde soñaba. Decidí que odiaba a Big Hans, aunque eso no era nuevo para mí. Odié a Big Hans justo en ese momento porque pensé en la forma en que parpadearían los ojos de Pa al mirarme –como si yo fuese el sol resplandeciente sobre la nieve y reluciera para cegarlo. Sus ojos estaban viejos y nunca habían visto bien, pero el whisky los haría brillar, me fulminarían, se le pondrían rojos de rabia ante el menor ruido por mi parte. Decidí que también odiaba al chico de Pedersen, que se estaba muriendo en la cocina mientras yo estaba donde no podía verlo, se moría solo para complacer a Hans y hacerme subir peldaños que crujían y recorrer un pasillo lleno de

corrientes de aire, en cuyo extremo estaría Pa, un bulto bajo las sábanas, como estiércol cubierto por la nieve, roncando y bufando. Bah, a él no le podía importar menos el chico de Pedersen. Ni le haría ninguna gracia que lo despertaran para ceder parte de su licor para la herida de un chico, y de paso poner en peligro uno de sus escondrijos. Eso lo pondría furioso si estuviera sobrio. Intenté no ir deprisa aunque hiciese frío, y aunque el chico de Pedersen estuviese en la cocina.

Estaba acurrucado, como había esperado. Lo zarandeé, llamándolo por su nombre. Creo que lo oyó. Su nombre interrumpió sus ronquidos, pero no se movió salvo para girarse un poco cuando lo toqué. La colcha se deslizó y dejó al aire su cuello esquelético, su cabeza cubierta de pelusa, como un diente de león que empezara a echar semillas, con la cara mirando a la pared –y en ella la sombra pálida de su nariz– y pensé: bueno, ahora no pareces un cerdo borracho maltratador. No podía asegurar que estuviera dormido. Era un hijoputa desconfiado. Había oído su nombre. Lo zarandeé un poco más fuerte mientras hacía algo de ruido. Pa-pa-pa-ey, dije.

Me estaba acercando demasiado. Debería habérmelo olido. Siempre dormía cerca de la pared para que tuvieras que inclinarte para llegar hasta él. Joder, era listo. Jugaba al desgaste. Yo lo sabía de sobra pero estaba pensando en el chico de Pedersen como Dios lo trajo al mundo, en medio de toda esa masa. Cuando sacó el brazo lo intenté esquivar pero me agarró del pescuezo, haciendo que se me saltaran las lágrimas, y me eché para atrás para poder respirar. Pa estaba en su lado de la cama, mirándome, parpadeando, y con la mano con que me había golpeado sobre la almohada.

Lárgate de aquí.

No dije nada –tenía un nudo en la garganta– pero lo miré fijamente. Era como un caballo traicionero que te suelta una coz. De todas formas era mejor que me hubiera dado. Era rencoroso cuando fallaba.

Que te largues de aquí.

Me envía Big Hans. Me ha mandado despertarte.

A la mierda Big Hans. Largo de aquí.

Ha encontrado al chico de Pedersen junto al pesebre.

Lárgate.

Pa tiró de la colcha. Se estaba relamiendo.

El chico estaba congelado como un témpano. Hans le está dando un masaje con nieve. Lo tiene en la cocina.

¿A Pedersen?

No, Pa. Es el chico de Pedersen. El chico–

No hay nada que robar en el pesebre.

No estaba robando, Pa. Solo estaba tumbado allí. Hans lo encontró congelado. Allí es donde estaba cuando Hans lo encontró.

Pa rio.

No he escondido nada en el pesebre.

No lo entiendes, Pa. El chico de Pedersen. El chico.

Claro que lo entiendo, no te jode.

Pa levantó la cabeza, me lanzó una mirada asesina mientras roía el lugar donde una vez estuvo su bigote.

Lo entiendo de sobra. Sabes que no quiero ver a Pedersen. Ese soplapollas. ¿Por qué tendría que hacerlo? Ese granjero maricón. ¿A qué vino?, ¿eh? Maldita sea, lárgate. Y no vuelvas. Encuentra alguna mierda que hacer, ¡hostias! Sois imbéciles. Los dos, tú y Hans. Pedersen. Ese soplapollas. Ese granjero maricón. No vuelvas. Fuera. A la mierda. Largo. Largo. Largo.

Gritaba y jadeaba y apretaba el puño contra la almohada. Tenía pelos largos y negros en la muñeca. Se le enredaban en el puño del pijama.

Big Hans me hizo venir. Big Hans dijo–

A la mierda Big Hans. Es un mierda todavía más grande que tú. Le enseñé a él, maldita sea, y te enseñaré a ti. Largo. ¿Quieres que te eche encima el orinal?

Estaba a punto de levantarse, así que me largué dando un portazo. Empezaba a darse cuenta de que estaba demasiado enfadado como para poder dormir. Luego empezó a tirar cosas. Una vez fue detrás de Hans y le tiró el orinal por la barandilla. Pa había estado hecho una mierda sobre ese orinal. Hans cogió un hacha. Ni tan siquiera se molestó en limpiarse y no paró hasta destrozar parte de la puerta de Pa. No habría llegado tan lejos si Pa no se hubiera quedado dentro partiéndose de la risa hasta hacer temblar la casa. Ese orinal ponía a Pa de muy buen humor –cada vez que pensaba en él. Siempre sentí que el recuerdo del orinal estaba presente en ambos, revolviéndose en sus entrañas como una risa o un gruñido, como un animal desesperado por escapar. Escuchaba a Pa maldecir mientras bajaba las escaleras.

Hans había puesto toallas calientes sobre el pecho y el estómago del chico. Le estaba dando friegas de nieve en las piernas y los pies. El agua de la nieve y de las toallas se deslizaba desde el chico sobre la mesa, donde estaba la masa, que se estaba poniendo pastosa y se pegaba a su espalda y su culo.

¿No se va a despertar?

¿Y tu pa?

Estaba despierto cuando me fui.

¿Qué dijo? ¿Cogiste el whisky?

Dijo que a la mierda Big Hans.

No seas listillo. ¿Le pediste el whisky?

Sí.

¿Y bien?

Dijo que a la mierda Big Hans.

No seas listillo. ¿Qué va a hacer?

Lo más seguro es que se vuelva a dormir.

Será mejor que traigas el whisky.

Ve tú. Lleva el hacha. A Pa le acojonan las hachas.

Escúchame, Jorge, me estoy hartando de tus tonterías. La congelación de este chico es un asunto serio. Si no le hago tragar un poco de whisky podría morir. ¿Quieres que el chico muera?, ¿quieres? Bueno, pues trae a tu pa y el whisky.

A Pa no le importa el chico.

Jorge.

Te digo que no. No le importa una mierda, y a mí tampoco me importa que me reviente la cabeza. Le da igual y a mí también me da igual que me eche su mierda encima. A él no le importa nadie. Lo único que le importa es su puto whisky y esa raja seca de su cara. Emborracharse como un cerdo –eso es lo que quiere. No le importa nada más. Nada. Menos aún el chico de Pedersen. Ese soplapollas. Menos aún el chico.

Traeré la botella, dijo ma.

Ya se las haría pagar a Big Hans. Estaba preparado para abalanzarme sobre él pero cuando ma dijo que traería el whisky, le sorprendió tanto como a mí, y se tranquilizó. Ma nunca se acercaba al viejo cuando dormía la mona. Ya no. No desde hace años. Lo primero que veía cada mañana al lavarse la cara era la cicatriz en la barbilla que él le había

hecho con los tacos de una bota, y tal vez ella aún veía cómo se la lanzaba de nuevo, y cómo el calcetín sucio volaba por los aires. Seguro que ella lo recordaba con la misma facilidad con que Big Hans se acordaba de haber ido en busca del hacha mientras estaba salpicado de la mierda amarillenta de Pa.

No vayas, dijo Big Hans.

Sí, Hans, si es necesario, dijo ma.

Hans sacudió la cabeza pero ninguno de los dos intentó detenerla. Si lo hubiéramos hecho, uno de nosotros habría tenido que ir en su lugar. Hans se puso a frotar al chico con más nieve… frotaba… frotaba.

Traeré más nieve, dije.

Cogí el balde y la pala, y salí al porche. No sé adónde había ido ma. Pensé que habría subido por las escaleras y esperaba oírla arriba. Había sorprendido a Hans tanto como me había sorprendido a mí cuando dijo que ella iría, y lo volvió a sorprender al volver tan rápido, porque cuando entré con la nieve ya estaba allí con una botella con tres plumas blancas pegadas a la etiqueta que Hans agarraba con enfado por el cuello. Oh, se comportaba de forma rara aunque cuidadosa, hurgaba con sus garras en el cajón y mantenía la botella a un brazo de distancia, como si fuera una serpiente. Estaba terriblemente enfadado porque había pensado que ma iba a hacer algo grande, heroico incluso, sobre todo para ella –lo conozco… lo conozco… a veces sentimos lo mismo– pero ma no había pensado en absoluto en nada de eso, ni remotamente parecido. No había manera de ajustar cuentas. No era como cuando a uno lo timan en la feria. Siempre lo están intentando, así que acabas por esperarlo. Y ahora Hans le había dado a ma algo suyo

–ambos lo habíamos hecho cuando pensamos que ella iba a subir por Pa– algo impagable, parte de nuestros mejores sentimientos; pero como ella no sabía que se lo habíamos dado, no había una forma sencilla de recuperarlo.

Por fin, Hans quitó el envoltorio y desenroscó el tapón. Él también se sentía dolido porque solo había una manera de entender lo que ella había hecho. Ma había encontrado uno de los escondites de Pa. Lo había descubierto y no había dicho nada, aunque Big Hans y yo habíamos pasado el invierno rastreando y rastreando, como hacíamos todos los inviernos desde la primavera que Hans llegó y yo miré en el retrete y encontré la primera. Pa tenía un talento especial para esconderlas. Sabía que las buscábamos y se lo pasaba en grande. Pero ahora ma. Lo más seguro es que ella lo hubiese encontrado por casualidad y no hubiera dicho nada y nosotros no sabíamos desde cuándo ni cuántos otros escondrijos había encontrado, sobre los que no había soltado prenda. Pa se iba a enterar seguro. A veces parecía que no, ya que las escondía tan bien que ni siquiera él podía encontrarlas o porque miraba y no encontraba ninguna y se imaginaba que al final no había escondido nada o que ya se la había bebido. Pero sí iba a darse cuenta de qué había pasado con esta porque la estábamos usando. Hasta un tonto podría ver lo que pasaba. Si se enteraba de que ma la había encontrado –sería una cagada. Se sentía muy orgulloso de sus escondrijos. Era de lo único que estaba satisfecho. Supongo que engañarnos a Hans y a mí exigía algo de esfuerzo. Pero había pasado por alto a ma. No la tenía en cuenta para nada. Si lo averiguara –que había sido una mujer– acabaríamos mal.

Hans se sirvió un poco en un vaso.

¿Le vas a poner más toallas?

No.

¿Por qué no? Es lo que necesita, algo caliente sobre su piel, ¿no?

No donde está muy congelado. El calor es malo para las congelaciones. Por eso solo le pongo toallas en el pecho y la tripa. Se tiene que descongelar despacio. Deberías saberlo.

Las toallas se habían descolorido.

Ma hurgó con el pie en las ropas del chico.

¿Qué vamos a hacer con esto?

Big Hans empezó a echar whisky en la boca del chico pero se le llenó sin que tragara nada y en un segundo se le escurrió por la barbilla.

Venga, ayúdame a sostenerlo. Necesito que tenga la boca abierta.

Yo no quería tocarlo y esperaba que ma lo hiciera pero ella seguía mirando las ropas del chico amontonadas en el suelo y el charco que se había formado, y no hizo ademán alguno.

Vamos, Jorge.

Vale.

Levanta, no empujes… levanta.

Vale, lo estoy levantando.

Lo cogí por los hombros. La cabeza se le inclinó hacia atrás. Se le abrió la boca. La piel de su cuello estaba tensa. Todavía tenía frío.

Levántale la cabeza. Se va a ahogar.

Tiene la boca abierta.

Tiene la garganta taponada. Se va a ahogar.

Se va a ahogar de todas formas.

Mantén su cabeza erguida.

No puedo.

No lo agarres así. Rodéalo con los brazos.

Vale, Dios.

Sin duda seguía frío. Lo rodeé con los brazos con cuidado. Hans le metió los dedos en la boca.

Se ahogará seguro.

Cállate. Solo sujétalo como te he dicho.

Sin duda seguía frío, y estaba mojado. Le sujetaba la espalda con el brazo. Lo sentía muerto.

Échale un poco la cabeza hacia atrás… no demasiado.

Lo sentía frío y baboso. Seguro que estaba muerto. Teníamos un cadáver en la cocina. Había estado muerto todo este tiempo. Cuando Hans lo trajo a casa, ya estaba muerto. No lo veía respirar. Estaba en los huesos, se le hundían las costillas. Lo estábamos preparando para meterlo en el horno. Hans lo estaba condimentando. Yo lo rodeaba con el brazo, sujetando su cabeza. Estaba muerto y yo lo sostenía. Sentía mis músculos al tensarse.

Joder, Dios.

Está muerto. Lo *está.*

Lo has dejado caer.

¿Muerto?, dijo ma.

Está muerto. Puedo sentirlo. Está muerto.

¿Muerto?

¿Es que no estás en tus cabales? Has dejado que su cabeza se diera con la mesa.

¿Está muerto? ¿Está muerto?, dijo ma.

Joder, Dios, que no, aún no, todavía no está muerto. Mira lo que has hecho, Jorge, hay whisky por todas partes.

Está muerto. Lo *está*.

Ahora mismo no lo está. Todavía no. Así que deja de gritar y sujétalo.

No está respirando.

Sí lo está. *Está* respirando. Sujétalo.

No. No voy a sujetar a un muerto. Puedes sujetarlo tú si quieres. Puedes echarle todo el whisky que quieras. Puedes hacer lo que te venga en gana. Yo no. Yo no sujeto a un muerto.

Si está muerto, dijo ma, ¿qué vamos a hacer con todo esto?

Jorge, maldito seas, vuelve aquí–

Fui al pesebre en el que Big Hans lo había encontrado. Había todavía un hueco y algunas huellas que el viento no había cubierto de nieve. El chico debió de estar aturdido, eran erráticas. Podía ver el sitio donde se había dado de bruces con un montón de nieve para después retroceder y tal vez chocar contra el pesebre antes de caer y quedarse luego tan quieto que la nieve tuvo tiempo de envolverlo, y se amontonó tan rápido que podría haberlo cubierto por completo. Quién sabe, pensé, con esta manera de nevar podríamos no haberlo encontrado hasta la primavera. Aunque estuviera muerto en la cocina, me alegré de que Big Hans hubiera dado con él. Me veía salir de la casa una mañana con un sol de justicia y las cornisas goteando, con la nieve salpicada de gotas de agua y el hielo derritiéndose en el arroyo; salía y pasaba junto al pesebre sobre la corteza de hielo formada en la nieve… salía para jugar con la nieve… y podía verme resbalar, romper el hielo del gran montón de nieve que siempre se formaba contra el pesebre, clavar un pie justo en él, justo en el chico de Pedersen, acurrucado, reblandeciéndose.